

ASAMBLEA OSLAM

Santo Domingo, 28 de noviembre – 2 de diciembre de 2021

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

El propedéutico en el contexto global de la formación presbiteral

29 de noviembre de 2021

Introducción

La etapa propedéutica está marcada principalmente por un **proceso de introducción** a toda la formación sacerdotal en una experiencia comunitaria (RFIS, 60). Por este motivo, los verbos que describen las acciones formativas están **relacionados con la novedad** que cada uno experimenta en la vida cotidiana del Seminario: percibir, iniciar, comprender, aceptar, abrirse, establecer. Esta primera etapa es semejante a la acción del constructor, que antes de ponerse a construir, verifica la calidad del terreno para asegurarse de que podrá sostener el edificio.

Posteriormente, la **etapa discipular** se caracterizará por **acciones de profundización**. Esta segunda acción es semejante a la del constructor, que cava más profundo cuanto más alto será el edificio proyectado, con el fin de colocar sólidos cimientos.

Finalmente, la **etapa configuradora mirará más a la acción pastoral**. Es semejante a la construcción detallada del edificio, en la que ya se diseñan los espacios interiores y se seleccionan los acabados.

Continuando con la metáfora, podríamos comparar la **formación permanente**, como el edificio que, una vez terminado y puesto al servicio de sus huéspedes, siempre requerirá de ciertos cuidados y atenciones para que funcione bien en sus distintas áreas: luz, agua, calefacción, aire acondicionado, aseo, limpieza, organización de espacios; además con el tiempo va a necesitar una nueva pintura, cambio de ciertas piezas como puertas, techos, etc. El sacerdote responde diariamente a la llamada vocacional renovando el don recibido (cfr. 2 Timoteo 1, 6).

Para este ejercicio educativo que verifica las bases para después profundizar y mirar al futuro, podemos recurrir a la imagen evangélica de la casa edificada sobre la roca:

¿Por qué ustedes me llaman: "Señor, Señor", y no hacen lo que les digo? Yo les diré a quién se parece todo aquel que viene a mí, escucha mis palabras y las practica. Se parece a un hombre que, queriendo construir una casa, cavó profundamente y puso los cimientos sobre la roca. Cuando vino la creciente, las aguas se precipitaron con fuerza contra esa casa, pero no pudieron derribarla, porque estaba bien construida. En cambio, el que escucha la Palabra y no la pone en práctica, se parece a un hombre que construyó su casa sobre tierra, sin cimientos. Cuando las aguas se precipitaron contra ella, en seguida se derrumbó, y el desastre que sobrevino a esa casa fue grande» (Lc 6, 46-49).

Estamos habituados a saltar las introducciones de los libros, pensando que así se ahorra tiempo. Sin embargo, las introducciones tienen una gran importancia. En el plano educativo, una buena introducción realiza habitualmente dos movimientos:

- Mirando hacia atrás, **recupera** los elementos del pasado que son absolutamente necesarios, para que el contenido formativo enlace con la realidad personal. Es así una formación que **cuenta con la realidad**.
- Mirando hacia delante, **establece** algunas actitudes sin las cuales sería imposible una profundización ulterior. Es una formación que **mira al futuro**.

La **relación dinámica** entre la recuperación de valores del pasado y la implementación de actitudes para el futuro **constituye el alma del proceso**

educativo. Vamos a ampliar a continuación estos dos movimientos en relación con los contenidos de la etapa propedéutica.

1. La recuperación de elementos del pasado

Cada seminarista es **portador de una gran riqueza** constituida por los valores humanos y cristianos que ha aprendido de su familia, su ambiente social y su comunidad cristiana de origen. Puede decir con san Pablo: *Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales* (Ef 1, 3). En esta valiosa experiencia de vida reconocemos la providencia amorosa del Señor, que nos ha llamado desde el seno materno y nos ha destinado para realizar una misión. Sin embargo, este conjunto de valores normalmente viene **acompañado de ciertas deficiencias** que suelen ser tan profundas como los valores anteriormente señalados. Por tanto, hay una parte que es necesario rescatar y otra que es necesario purificar y reinterpretar. Tal trabajo se inicia en la etapa propedéutica y se continúa a lo largo de toda la formación.

¿**En qué puntos conviene poner particular atención?** La respuesta a esta pregunta la dará cada candidato, con la ayuda del Espíritu Santo y de los formadores, a través del acompañamiento personal y comunitarios. Se pueden perfilar algunas líneas generales:

- **La relación con la familia.** La separación geográfica de la familia permite reconocer la realidad familiar, identificando las dinámicas aprendidas en casa, particularmente la relación filial y la relación fraterna. Para esto puede ser útil hablar con los padres y hermanos, poner por escrito los recuerdos, permitir que un observador externo analice lo que ve en la familia. Estas coordenadas vitales serán esenciales en el ministerio presbiteral: ser hijo del Padre y unirse a él en la oración; ser hermano que establece relaciones fraternas constructivas particularmente en el presbiterio; ser padre para la comunidad cristiana.

- **Las relaciones de amistad.** La socialización es un proceso normal que entra en juego en el desarrollo de todas las personas. Es interesante tomar conciencia de cómo se aprende a socializar, percibir el significado que tienen las relaciones de amistad. Puede ser útil conversar con los amigos sobre el valor de la amistad misma. La vocación sacerdotal debe llegar a ser parte de las relaciones significativas que ya se tenían antes del ingreso y será fuente de nuevas relaciones.

- **El origen social.** Todos provenimos de un ambiente social determinado, que conlleva un nivel económico y una cultura determinada. Conviene identificar el origen social con todos sus aspectos positivos; y al mismo tiempo, tomar conciencia de los temores y resentimientos de carácter social que pueden formar parte de la personalidad. Es útil observar cómo se reacciona ante hombres y mujeres, jóvenes y mayores, ricos y pobres, nacionales y extranjeros. No es raro que la opción por el sacerdocio vaya unida a la expectativa de un status social; también es bueno ser consciente de ello.

- **El desarrollo de la afectividad.** Así como cada persona tiene unas características corporales y ha tenido un desarrollo corporal, de modo similar hay unas características psicológicas y un modo irreplicable de experimentar los sentimientos y de comunicarlos. La afectividad también se refiere al modo de vivir la propia sexualidad. Tomar conciencia de esta parte importante de la personalidad es necesario porque el ministerio sacerdotal, incluido el celibato, está animado por la caridad pastoral, que exige al presbítero amar más y a más personas. El Seminario es un lugar para crecer en la capacidad de amar y no un refugio de situaciones de carencia afectiva.

- **Los valores morales.** Cada uno de nosotros ha aprendido a establecer una moralidad subjetiva, primeramente de los padres y posteriormente en la sociedad. Los valores morales son objetivos, sin embargo, lo que más nos interesa es cómo cada persona los traduce en su experiencia viva. Es lo que la persona percibe como válido y por ello lo pone en práctica. Las ideologías se arraigan en las personas cuando crean esta moralidad subjetiva. Es importante tomar conciencia de la propia evolución moral porque la conciencia se forma y se deforma a partir de la puesta en práctica de los valores. La formación sacerdotal incluye un crecimiento notable de la conciencia y por ello una redefinición de la moralidad subjetiva.

- **La experiencia espiritual.** El candidato llega al Seminario con una experiencia espiritual acumulada: un modo de orar, un tipo de aproximación a la palabra de Dios y a los sacramentos, unos contenidos catequéticos, una manera de interpretar los acontecimientos desde la fe. Muchas veces los seminaristas han sido guiados por experiencias de primera conversión o por la religiosidad popular, realidades que, siendo positivas, necesitan ser completadas desde una vida teológica más integral.

- **La experiencia apostólica.** Las experiencias previas de pertenencia a una comunidad cristiana y de apostolado condicionan la

percepción de la Iglesia y del ministerio sacerdotal. En la etapa propedéutica conviene hacer un balance de esta experiencia, cayendo en la cuenta de sus aciertos y deficiencias. Objetivo de toda la formación sacerdotal inicial será ampliar la visión de la Iglesia y descubrir las múltiples facetas del ministerio presbiteral.

- **La formación intelectual.** Cada uno llega al Seminario con un camino intelectual recorrido. Es importante recuperar los aciertos y también reconocer y remediar las carencias. Este ejercicio requiere humildad y es muy significativo en el proceso de maduración personal. Durante la etapa propedéutica conviene conseguir un buen manejo de la lengua (ortografía y redacción), una sistematización de los conocimientos básicos, una iniciación en la aproximación a los textos bíblicos, a las ciencias sagradas y a las ciencias del hombre.

2. El establecimiento de actitudes para el futuro

Todos venimos al Seminario con una serie de **actitudes**, expresadas y reforzadas a través de los **hábitos** y las **costumbres**. Una actitud es la **predisposición a responder** de una manera determinada. La persona se acostumbra a responder de un determinado modo ante los estímulos internos o externos; y muchas veces lo hace sin darse cuenta. Estas respuestas han sido aprendidas desde los primeros años de vida, en la propia familia y ambiente social, creando una memoria afectiva, que condiciona los nuevos aprendizajes, facilitándolos u obstaculizándolos, favoreciendo o impidiendo el crecimiento, según tales predisposiciones sean maduras o menos maduras.

Un ejemplo que ayuda a comprender mejor lo que estamos hablando, podría ser el caso de tomar el celular apenas se tiene un tiempo libre o apenas vemos a alguien que hace lo mismo o cuando entra una notificación. La sensación de estar conectados, hace que casi en automático se tome el celular y se comiencen a abrir las diversas aplicaciones o a leer las notificaciones recibidas. O puedes estar predispuesto a utilizar el tiempo libre para hacer deporte, de modo que la sensación de tener tiempo libre la unes espontáneamente a prepararte para hacer deporte.

Estas actitudes, junto con los hábitos y costumbres que generan **se pueden arraigar y desarraigar**. En algunos casos conviene aprovechar las actitudes positivas que ya has experimentado. En otros casos conviene

aprender actitudes nuevas. No es raro que sea necesario un doble procedimiento, que consiste en desarraigar unas actitudes y sustituirlas por otras nuevas. Esta transformación en nuestro modo de vivir, también entra en la esfera ordinaria de la vida espiritual. San Ignacio de Loyola llama a este movimiento «hacer lo opuesto por el diámetro»:

*Quando la persona que se exercita en las cosas spirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo **haciendo el oppósito per diametrum**; y por el contrario, si la persona que se exercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana, en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia [EE, 325].*

El principio ignaciano se entiende de la siguiente manera: conocida una tentación o un mal hábito (por ejemplo, hablar mal de los demás), conviene enfrentar el mal con valentía, no solo evitándolo (no hablar mal) sino **proponiéndose lo contrario** (hablar bien), de modo que venza claramente al enemigo, sin dar espacio al temor. O como dice San Pablo: “*No te dejes vencer por el mal. Por el contrario, vence al mal, haciendo el bien*” (Romanos 12, 21). Evidentemente, quien está ocupado hablando bien no tiene la murmuración «en la punta de la lengua», como sucede al que solo se propone evitar esa actitud.

Nótese que el punto de partida es **un claro conocimiento** de la mala costumbre. La toma de conciencia es un elemento esencial. Al dar un paso valiente hacia la actitud contraria, el hombre espiritual **afrenta los lazos que lo atan** a una mala costumbre, principalmente afectivos. Finalmente, **postula una nueva actitud**, más consonante con sus convicciones y con las inspiraciones del Espíritu, pero al mismo tiempo suscitando una experiencia afectiva. Vamos a poner un poco más de atención al proceso de crecimiento en actitudes nuevas.

El claro conocimiento de la actitud a trabajar. Algo que ayuda a ver una cierta actitud es escuchar, escucharnos a nosotros mismos y escuchar a los demás; una crítica o una corrección fraterna, puede ayudarnos a caer en la cuenta de algo que escapaba a nuestra conciencia. El propio conocimiento es semejante a un terreno firme, sobre el cual es posible construir un edificio. Consiste en **reconocer con humildad lo que ocurre**, venciendo el temor o la vergüenza que naturalmente nos invaden cuando enfrentamos las propias

contradicciones. San Pablo expresa muy bien esta experiencia: *Precisamente para que no me valore más de la cuenta, tengo una espina clava en mi carne, un representante de Satanás que me hace sufrir, para que no me enorgullezca* (2Cor 12, 7). Algunas estrategias para conseguir este conocimiento son:

- **Identificar la actitud no deseada**, poniéndole nombre. Para ello contamos con la ayuda de la corrección fraterna, porque los demás suelen conocer mejor nuestros defectos más que nosotros mismos. También puede servir el estudio de la espiritualidad y la psicología, porque te ayudan a entender mejor lo que te ocurre. También ayuda la reflexión personal, el vernos a nosotros mismos, en ambiente de oración, es decir, dialogando con el Señor, dejándonos ver por Él que nos conoce muy bien, pues Él no ve las apariencias, sino que ve lo que hay en lo profundo del corazón; y viéndonos como Él nos ve, es decir, sin condenar ni juzgar, podemos abrirnos a ver nuestras sombras, sin miedos ni temores. Eso que se reflexiona en el encuentro personal con el Señor, puesto en diálogo con el director espiritual o quien nos acompaña personalmente, ayuda aún más a ser clarificado, pues como dice el dicho: “nadie es buen juez de su propia causa”.

- **Analizar el modo particular como la actitud se pone en práctica.** Hay una modalidad precisa, una serie de actos que se concatenan y dan como resultado dicha actitud. Es importante identificar estos «modos», porque a través de ellos se anclan las actitudes, convirtiéndose en algo permanente. Se trata de observarse a sí mismo de un modo más detallado.

- **Recordar la historia de esta actitud.** Consiste en recurrir al tesoro de la memoria, identificando dónde se ha aprendido esta actitud, cómo ocurrió ese aprendizaje, las distintas ocasiones en que la actitud se ha repetido. Ayuda ir al pasado y ver situaciones parecidas a las vividas en el momento presente, identificando el modo como a tales situaciones se ha reaccionado, viendo los resultados de tales reacciones, si han o no funcionado, si han contribuido o no en el crecimiento.

- **Conversar** con quien puede ayudarnos. Conversar estas cosas es necesario, porque narrando lo que ocurre en el mundo interior, efectivamente nos conocemos mejor. El auto conocimiento se consigue siempre con la ayuda de otros y del Otro (del Espíritu Santo). Este conversar tiene un doble sentido: con Dios por medio de la oración; y con el

acompañante por medio de la entrevista. Ambas instancias son complementarias y ambas facilitan el auto conocimiento.

A partir de este momento espontáneamente se **comienza a mirar al futuro**, es decir, hacia una actitud nueva que con frecuencia se opone diametralmente a la actitud antigua. Es dar el paso del hombre viejo al hombre nuevo: *Les enseñaron como cristianos a renunciar a su conducta anterior y al hombre viejo corrompido por seductores apetitos. De este modo se renuevan espiritualmente y se revisten del hombre nuevo creado a imagen de Dios, para llevar una vida verdaderamente recta y santa* (Ef 4, 21-24).

- Proponerse **una nueva actitud**, identificando con claridad su contenido. Así como era importante llamar a la actitud negativa por su nombre, así conviene dar un nombre a la actitud nueva e incluso describirla, para que sea claro lo que se quiere alcanzar. Eso que se pretende implementar debe ser razonado y razonable, es decir, que se entiende y que es alcanzable. No se persigue una quimera, sino un objeto perfectamente razonable y justo.

- **Ensayar su puesta en práctica** al grado de experimentar cierto gusto, incluida una experiencia afectiva positiva. Es fundamental involucrarnos emotivamente, experimentar paz y gratitud poniendo en práctica la palabra de Jesús. No se trata de adoptar rígidamente un comportamiento, como obligado, sino de caminar con absoluta libertad hacia él, disfrutando los efectos que conlleva este nuevo modo de ser.

- **Establecer esa nueva actitud** a través de hábitos y costumbres. El bien conocido y elegido libremente, también se convierte en una costumbre, de modo que lo ponemos en práctica cada día con mayor naturalidad.

- **Conversar** con quien pueda ayudarnos. En este momento también es importante conversar con Dios y con el formador, porque narrando los logros alcanzados, es decir, el crecimiento personal, también favorece un mejor conocimiento. Esta narración no es orgullosa, sino humilde, porque la humildad no consiste en depreciarse, sino en reconocer la verdad. En la relación con Dios, la conversación íntima adoptará la forma de gratitud; en la relación con el formador, la conversación tendrá el tono de la solidaridad en el bien. Conversando, se reafirma la elección.

Este intenso proceso, que apenas **inicia en la etapa propedéutica**, continuará a lo largo de toda la vida. Lo que ahora nos interesa, no es tener las cosas resueltas, sino **establecer un inicio, comenzar un proceso** de crecimiento, lo más integralmente que sea posible. Vamos ahora a algunas actitudes que con frecuencia necesitan afrontar los seminaristas de la etapa propedéutica.

- **Aprovechar el tiempo.** Esta actitud se opone a perder el tiempo, algo muy frecuente en la sociedad actual. El Seminario y la vida sacerdotal no son para flojos ni para perezosos. Una elemental diligencia es absolutamente necesaria. Es interesante comprobar que los seminaristas en esta etapa se desprenden de algunos entretenimientos que utilizaban antes para «matar» el tiempo porque comprenden que en este camino que han elegido no hay tiempo que perder. Cuando se comienza a aprovechar el tiempo, casi automáticamente se aprende a descansar, porque se llega a la noche verdaderamente cansado. Es conveniente experimentar con gozo la **satisfacción de una jornada bien aprovechada** y de un descanso reparador.

- **Orar siempre.** El discípulo misionero, y particularmente el seminarista, experimenta **en todo momento la cercanía de Dios** y por ello elige mantener con él **un canal de comunicación continuamente abierto**. Para ello son necesarios los momentos determinados en el horario del Seminario para orar. Esta experiencia diaria se desborda en los actos de la vida cotidiana. En la oración se consagrarán a Dios los momentos de estudio, deporte, trabajo, descanso, diálogo con los formadores, convivencia con los hermanos, apostolado... y se experimentará cómo el Espíritu Santo guía nuestros pasos hacia el bien. La presencia de Dios en las cosas más cotidianas **se experimenta como «consolación»**, es decir, como alegría profunda de sentir siempre al Señor a nuestro lado.

- **Abrirse a los demás.** En esta primera etapa formativa es necesario superar el egocentrismo o la autoreferencialidad por medio de una honesta **apertura de corazón**. Esta actitud profunda conlleva varias expresiones. Abrir el corazón significa **crecer en sensibilidad ante los demás**, sus alegrías y sufrimientos, su buena intención y sus deseos, sus necesidades. El amor siempre nos hace crecer en sensibilidad. También conlleva **dejarse ayudar** por otros, en cosas más externas como el trabajo, el estudio; y en cosas más personales como la corrección fraterna, la dirección espiritual. Implica la renuncia a la orgullosa pretensión de caminar

solos. La apertura ante los demás conlleva, por último, la **espontánea manifestación** de sí mismo, es decir, comunicar lo que se lleva dentro, las alegrías y tristezas, las búsquedas y anhelos, los éxitos y fracasos. Un sacerdote no es una persona solitaria y rara, sino profundamente comunitaria.

- **Garantizar las bases.** Durante la etapa propedéutica los seminaristas aprenden **cosas muy básicas**: comer lo que haya, dormir a la hora que está previsto, lavar la ropa, hacer deporte, limpiar la casa, trabajar perseverantemente, consultar antes de actuar, dialogar con los demás, etc. Estas bases, bien establecidas, **funcionarán en el futuro** durante las otras etapas formativas y a lo largo de toda la vida. Por eso es conveniente que **se implique personalmente** en estos hábitos básicos tomando decisiones libres y que duren para siempre. Cada una de estas decisiones ayudarán a **experimentar más libertad** en medio de las condiciones normales que la vida impone: una comunidad concreta, un edificio, un horario, un clima.

- **Utilizar los medios.** La Iglesia ofrece una serie de medios formativos que, como todas las cosas humanas, **no son perfectos**: una casa, una habitación, unos espacios, una biblioteca, unos profesores y formadores. Es necesario aprender a aceptar todas estas mediaciones y disponerse a **utilizarlas de la mejor manera** posible. Esto es parte de la actitud formativa deseable y constituye un criterio de discernimiento vocacional. Un hombre de fe no se lamenta continuamente de los medios que tiene a su alcance, sino que los pone a funcionar como un **don que ha recibido de Dios** y un signo de profundo **respeto a la comunidad cristiana** que se los ofrece.

- **Procurar el equilibrio.** La formación se hace integral cuando cada seminarista cultiva la actitud de procurar su propio equilibrio formativo. Fundamentalmente consiste en **asumir retos formativos** evitando el cómodo refugio en las «áreas de confort». Podemos hablar de equilibrio desde distintos puntos de vista, por ejemplo, entre los aspectos **espirituales** y los aspectos **humanos**. Entre la parte **intelectual**, la parte **afectiva** y la parte **física**. Entre lo **personal** y lo **comunitario**. Lo importante es **experimentar un gozo por el crecimiento** en áreas en las que no se estaba habituado a crecer y, posteriormente, a **mantener ese crecimiento integral**. Se trata de llegar a ser **una persona «completa»**, tal como contemplamos a Jesús, el hombre perfecto, en los evangelios.

3. Objetivos fundamentales del Propedéutico

El objetivo principal de la etapa propedéutica consiste en colocar las bases sólidas para la vida espiritual y favorecer un mejor conocimiento de sí que permita el desarrollo personal. Para la iniciación y la maduración de la vida espiritual será necesario, sobre todo, iniciar a los seminaristas en la oración a través de la vida sacramental, la Liturgia de las Horas, la familiaridad con la Palabra de Dios, que hay que considerar alma y guía del camino, el silencio, la oración mental, la lectura espiritual. Además, éste es un tiempo propicio para un primer y sintético conocimiento de la doctrina cristiana mediante el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica y para desarrollar la dinámica del don de sí en la experiencia parroquial y caritativa. Además, la etapa propedéutica podrá ser útil para completar la formación cultural si fuese conveniente (n. 59).

Con base en el anterior objetivo general, se pueden establecer los siguientes **objetivos específicos**:

1. Hacer una revisión y fundamentación de la **Iniciación Cristiana** a través de la correspondiente catequesis y de la renovación de los sacramentos.
2. Provocar un primer análisis de la **realidad personal y social**, con el fin de lograr un conocimiento objetivo en el nivel inicial.
3. Facilitar un mayor conocimiento de la **vocación sacerdotal** para que los candidatos sean más conscientes de aquello que están eligiendo.
4. Como consecuencia de todo lo anterior, facilitar el **discernimiento inicial de la vocación sacerdotal**, en un contexto de vida comunitaria.
5. Disponer la mente, el corazón, es decir todo su ser, para **dejarse formar integralmente**, a lo largo de los años venideros.

Estos objetivos son válidos para la **diversidad de los candidatos** que desean iniciar su proceso formativo:

- Aquellos que proceden del **Seminario Menor**, que por su edad, ahora son más capaces de hacer el discernimiento vocacional.
- Aquellos que proceden de las **parroquias** y de los **grupos apostólicos** y necesitan un mayor conocimiento de la vocación sacerdotal.

- Aquellos que han realizado **estudios universitarios** o han ejercido una profesión y, pese a estar preparados en otros ámbitos necesitan crecer en la línea de los objetivos del Curso Propedéutico.
- Aquellas **vocaciones adultas**, que después de un proceso largo de vida, necesitan clarificar bien los pasos vocacionales que están dando.

Para alcanzar los objetivos del propedéutico, se propone un proceso de gradual crecimiento, en cada una de las cuatro dimensiones. En la **dimensión humana** se acerca a un primer conocimiento de sí mismo, de su propia historia de vida, llegando a identificar las principales virtudes y los principales defectos existentes en la propia personalidad, a la vida comunitaria y a un reconocimiento más objetivo de los valores de la propia familia y del ambiente social de origen.

En la **dimensión espiritual**, se inicia en el silencio, la oración personal, particularmente a la meditación de la Palabra de Dios, la vida sacramental y la oración litúrgica de la Iglesia, la interpretación creyente de los acontecimientos.

En la **dimensión intelectual**, es introducido en la Sagrada Escritura, el Catecismo de la Iglesia Católica, la actualidad del sacerdocio católico y la atención diligente a todo aquello que pueda preparar al candidato para los estudios filosóficos y teológicos. Se inicia en hábitos de estudio, lectura, interpretación de textos, capacidad de comunicación escrita, y demás bases, que si bien corresponden al bachillerato, aún puede presentar vacíos.

En la **dimensión pastoral**, se inicia en la vida apostólica de la Iglesia, a través de la afirmación del sentido de pertenencia a la comunidad cristiana y al servicio evangélico, especialmente a los pobres, como referencia para el discernimiento vocacional. Participa en algunas experiencias de apostolado, yendo como grupo, acompañado por sus formadores.

4. Algunos principios y medios formativos durante el Curso Propedéutico

La etapa propedéutica se distingue del resto de la formación por un dinamismo que la caracteriza y recomienda que *«se viva en una comunidad distinta de la del Seminario Mayor y, donde sea posible, tenga una sede propia. Así pues, se establezca una etapa propedéutica, provista de*

formadores propios, que procuren una buena formación humana y cristiana, y realicen una seria selección de los candidatos al Seminario Mayor» (n. 60).

El propedéutico tiene sus propias características y dinamismos, que se deben formular en el contexto de cada diócesis, entre los cuales se podrían incluir los siguientes:

- Se propone una sede diversa porque el curso propedéutico supone un **ambiente de silencio**, donde los seminaristas tienen experiencias que para ellos son novedosas y a la vez básicas: aprenden a dormir a sus horas, a respetar las horas de estudio, a reflexionar y tomar mejores decisiones, a orar y a aproximarse a la Palabra de Dios, a cuidar la vida sacramental, ... etc.

- **La oración personal.** Una buena introducción a la vida de oración y a los métodos para el encuentro con Dios será de inestimable ayuda para todo el proceso formativo. Dedicar a ello el tiempo, garantizando que cada seminarista descubra la necesidad de la oración y un camino personal y gradual para el encuentro con Dios. Al inicio del curso se puede ofrecer en el horario un espacio de 15 minutos para este momento, después se puede prolongar a media hora, y al final ya sería bueno que dedicaran una hora a este momento central y vital en la vida del cristiano y por ende de quien se preparará para el ministerio sacerdotal.

- La etapa propedéutica constituye un ámbito de **maduración en la fe**, por eso es frecuente que adopte la forma de un catecumenado, en el que la catequesis sobre la Sagrada Escritura, la persona de Jesús y la vida de la Iglesia tiene un lugar central. Esto es coherente con el estudio de materias como la Historia de la Salvación y el Catecismo de la Iglesia Católica. La comunidad de todo el Seminario deberá conservar estas características, pero es importante que al inicio se afirmen con mayor claridad.

- **La vida sacramental.** Establecer una práctica habitual de la vida sacramental, especialmente de la participación activa en la Eucaristía, de la confesión y una comprensión más amplia de todos los sacramentos. Para ello es de un gran valor la catequesis sobre los sacramentos.

- La etapa propedéutica exige y estimula el **autoconocimiento**. El seminarista constata su condición física y psíquica, reconoce sus habilidades de pensamiento, identifica sus principales virtudes y defectos, reconoce sus principales sentimientos y calibra la calidad de sus relaciones humanas. Además, se abre a la ayuda de los especialistas, sobre todo en el área de la

medicina y de la psicología. Concluye el curso con un «mapa» de la propia personalidad que le guiará en su formación durante las etapas sucesivas.

- **El acompañamiento.** Facilitar la práctica confiada del acompañamiento, tanto por parte del director espiritual como del formador. Que el seminarista llegue a apreciar y valorar este medio fundamental, aprenda a preparar las entrevistas y a ser transparente en la relación con los formadores.

- El seminarista de la etapa propedéutica experimenta la **separación de su familia y de su ambiente social de origen**. Con ello inicia un proceso de análisis y relectura de los vínculos familiares y sociales que está a la base del desarrollo personal y continuará a lo largo de la vida. Así como la separación de la familia no significa desarraigo sino un nuevo modo de interacción; también es importante que cultive las sanas amistades que ha tenido durante los años precedentes. El propedéutico no los saca del mundo sino que los acompaña para que comiencen a aprender a vivir en el mundo sin ser del mundo (cfr. Jn 17,15). En este campo también es importante analizar el uso que ha hecho de las redes sociales y de los TICS en general, sabiendo aprovecharlos para su crecimiento integral.

- **La vida fraterna.** Tal vez para muchos sea la primera vez que viven en una comunidad y aprenden a vivir comunitariamente desde los pequeños momentos de la jornada como la oración, el deporte, comer juntos, limpiar la casa, lavar su ropa, trabajar juntos, etc.; se comienzan a llamar entre sí «hermanos» y llegan a serlo efectivamente por la participación en equipos de vida, aceptándose mutuamente y poniendo atención a las situaciones de los demás solidarizándose con ellos. Se garantiza la percepción de la formación como un camino compartido con otros en fraternidad y solidaridad.

- **El apostolado.** Durante el Curso Propedéutico se introduce a los seminaristas en la práctica del apostolado, en grupo y acompañados por el formador. Es importante que lleguen a identificarlo como un medio formativo, donde cada uno empieza a aprender de los otros: de los sacerdotes, de los hermanos mayores, de los laicos, e incluso de aquellos que a los ojos del mundo “no cuentan”. Una buena práctica apostólica ayuda, sin duda, en este período, a un mejor discernimiento vocacional.

- **El hábito de estudio.** El hecho de que el Curso Propedéutico se entienda como una experiencia espiritual de iniciación cristiana no significa que se dejen los estudios en un segundo plano. Es un año para aprender a

estudiar seriamente, incluso cuando no hay de por medio un requisito académico o una titulación.

- **La formación complementaria.** La estructura del Curso Propedéutico ayuda mucho a que los seminaristas comprendan y acepten que la formación es más amplia y más exigente que sólo un currículum de estudios. Los estudios tienen su lugar y se deben hacer seriamente, pero el sacerdocio exige formación en muchas otras áreas que al final serán de un gran valor para la vida ministerial. Establecer desde el principio el hábito de la formación integral.

- **El orden, la transparencia y la disciplina.** Durante este primer año se establecen hábitos elementales que los seminaristas no siempre han aprendido en sus familias. El orden en su habitación, la transparencia de quien deja su puerta abierta, la disciplina de un horario comunitario... los hábitos de dormir bien, de trabajar consistentemente, de servir, de usar el internet, etc.

- **El tiempo libre compartido.** Este primer curso es la ocasión para introducir buenas costumbres, entre ellas la disponibilidad para compartir con los hermanos los tiempos de ocio.

- **La relación con las familias.** Esta es una gran oportunidad para vincular a los seminaristas con las familias de sus compañeros y para comenzar un proceso de pastoral familiar con sus padres y hermanos.

- La etapa propedéutica propicia un conocimiento experiencial y directo del **sacerdocio**, a través del **testimonio de los formadores** y de la proximidad con diversos sacerdotes de la diócesis. De modo que el seminarista puede identificar mejor el objeto de su elección vocacional.

- La etapa propedéutica se define como «*un verdadero y propio tiempo de discernimiento vocacional, realizado en el contexto de una vida comunitaria*» (n. 60). La comunidad tiene una gran importancia porque representa para los seminaristas una expresión concreta de la comunión en la Iglesia, de la fraternidad presbiteral que vivirán en el futuro y se convierte en ámbito privilegiado para el discernimiento vocacional.

5. Algunas materias que pueden incluir los estudios propedéuticos

- *Iniciación a la lectura de la Sagrada Escritura, que permita un primer conocimiento de la Biblia en todas sus partes.*

- *Introducción al misterio de Cristo y de la Iglesia, a la teología del sacerdocio y a la liturgia, mediante el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica y de los libros litúrgicos.*
- *Introducción a los documentos del Concilio Vaticano II y al Magisterio de la Iglesia, sobre todo el Magisterio Pontificio.*
- *Elementos de espiritualidad presbiteral, con especial atención a las principales “escuelas” espirituales y a los santos que han ofrecido el testimonio de una vida sacerdotal ejemplar.*
- *Elementos de historia de la Iglesia universal y de la Iglesia local, especialmente desde el punto de vista misionero.*
- *Hagiografía de los santos y beatos propios de la diócesis o de la región.*
- *Elementos de cultura humanística, mediante el conocimiento de obras de autores nacionales y de las religiones no cristianas del país y de la región.*
- *Elementos de psicología, que puedan ayudar a los seminaristas en el conocimiento de sí mismos (n. 157).*

Mirando este conjunto de contenidos se capta la clara distinción entre los estudios propedéuticos y la filosofía y, al mismo tiempo, la especificidad y la utilidad de los contenidos propios de la etapa propedéutica que deben ser profundizados a través del proyecto formativo. En la diócesis se deberá configurar el itinerario formativo que garantice los fines de la etapa.

Conclusión

Hay muchísimo que hacer en la formación presbiteral y esta etapa propedéutica constituye un momento privilegiado para iniciar un proceso formativo de un modo consistente y positivo, gradual e integral, asumiendo la propia responsabilidad de formarse y dejarse formar por quienes Dios le pondrá a su lado. Los formadores, en nombre de Dios y de la Iglesia, acompañan al seminarista de propedéutico, para que se disponga a iniciar un camino de formación integral, que lo llevará a profundizar su vocación de discípulo y más adelante, a configurarse con Cristo Pastor y Siervo.

Es conveniente que tanto en las Organizaciones de Seminarios de cada país como en las Conferencias Episcopales haya un diálogo abundante sobre la etapa propedéutica y el modo de implementarla en las respectivas naciones, llegando a acuerdos sobre su duración, sus objetivos y las

características de su puesta en práctica. Conseguir una formación con criterios comunes para todo el País a este nivel de la primera iniciación puede llegar a significar una gran fortaleza para toda la formación sacerdotal.